

Thierry Davo

Lucky Luke y Jolly Jumper y recíprocamente (recuerdos de un traductor)

Université de Reims-Champagne-Ardenne, Francia

thierry.davo@wanadoo.fr

Conocí a Rafael Menjívar Ochoa en diciembre de 1986. Él acababa de publicar su primera novela, *Historia del traidor de Nunca Jamás*, la había comprado en la mítica librería *Macondo* de San José, la había leído y me había interesado al punto de dedicar mi tiempo libre a traducirla, cosa –traducir una obra entera y no fragmentos sueltos– que hacía por primera vez. Tenía ganas de compartir este hallazgo con amigos franceses, el invierno costarricense era muy lluvioso, tenía en mente las recomendaciones de mi ex-profesor de traducción y mentor, Renaud Richard, quien alguna vez me dijera que traducir era algo que se olvida fácilmente si no se practica con regularidad. La novela era corta y, para una primera traducción, lo veía como algo posible. Me provocaba el reto, me interesaba la variedad de las técnicas usadas por Menjívar en esta novela y me gustaba el concepto del libro, concebido como un “collage” de formas de la vida cotidiana. Como me lo diría más tarde Rafael, quizás no me hubiera parecido tan original si mi cultura hubiera sido más desarrollada en términos de vanguardias literarias. Mi formación, más bien clásica y exclusivamente centrada sobre España no fue un freno para que me lanzara, sin tener la menor idea de la historia de El Salvador y sin saber mucho más de las particularidades del español hablado en El Salvador, México o Argentina, menos todavía de las jergas juveniles y policiales. No solo era joven sino que además totalmente indocumentado, y traduje irresponsablemente, sin acudir a ningún diccionario si bien recuerdo; mi ignorancia era tal que el mismo Rafael fue quien me explicó qué era el *Casillero del diablo* cuya botella Javier y su socio argentino compran en una tienda del D.F.

Poco tiempo después de emprender esta traducción, conocí en una reunión en San José, donde vivíamos los dos, al doctor Rafael Menjívar Larín, destacado economista y padre de Rafael. Él me puso en contacto con su hijo, quien por ese entonces vivía en México. Comenzamos a intercambiar numerosas cartas a partir de junio de 1986 y decidimos vernos con motivo de las vacaciones de fin de año. Descubrí que Rafael y yo teníamos más o menos la misma edad, que quería conocerme personalmente porque no podía creer que algún loco pretendiera traducir esta su primera novela a la lengua de Molière. Él la había escrito para hacer un recuento de las técnicas que dominaba –le gustaba repetir que por eso la novela le había salido tan corta– y le encantaba que la tradujera alguien tan inexperto como él. Se puso más contento todavía cuando le expliqué que tenía un amigo, Alain Mala, ex-director de una revista en la que había publicado algunos artículos cuando era estudiante, que se lanzaba en la edición. El resultado sería pues la obra de tres principiantes.

Pacientemente, Rafael me explicó varias cosas, tanto sobre el contexto histórico de la novela como sobre algunos términos o expresiones que no había entendido. No te enseñan en la Sorbona para qué sirve el gamesán ... Me enseñó un viejo recorte de prensa, donde se hablaba del verdadero Javier, el miembro de la guerrilla que había denunciado a sus compañeros y ambos coincidimos en que se parecía sorprendentemente a una de las momias de Guanajuato. Un episodio memorable de este primer contacto fue un paseo nocturno en carro –un Vochito por supuesto– para conocer los lugares del D.F. que citaba en *Historia del traidor*. Era un año después del terremoto de septiembre de 1985 y le causó mucho impacto que de todos los lugares citados en la novela no quedara ninguno. Me regaló *El complot mongol*, de Rafael Bernal, me aconsejó que leyera *Palinuro de México*, de Fernando del Paso y salí de México con una versión a máquina con enmiendas manuscritas de los textos que luego conformarían *Terceras personas*.

Si he de creer los términos muy corteses de la carta que acompañaba mi contrato, Alain Mala y yo, por esas fechas, todavía no éramos *cuates*, solo conocidos que ya habían trabajado juntos y se apreciaban mutuamente. A mí me convenía que la editorial Cénomane publicara la traducción, primero por pereza (¿por qué buscar un editor si ya tenía uno?), y luego porque

publicar en la ciudad en la que vivía me permitía asistir de cerca a todas las etapas de la fabricación de un libro, lo que me interesaba sumamente.

El libro, *Histoire du traître de jamais plus*¹, salió con una ayuda financiera del Centro Nacional de Letras, conseguida gracias a un informe elogioso de María Poumier. Años después, María Poumier, que recordaba perfectamente haber redactado este informe pero no había conservado copia, me pidió que se lo mandara. Se suponía que *El traidor* iba a ser la primera novela salvadoreña traducida al francés, pero un retraso en la publicación hizo que se nos adelantara de algunas semanas la traducción de *Un día en la vida*, de Manlio Argueta. A Rafael le alegró el incidente, a causa de la mezcla de admiración y de cariño que siempre sintió por Manlio Argueta –aunque prefería *Caperucita en la zona roja* a *Un día en la vida*–.

Además de los problemas de vocabulario y situaciones enigmáticas para mí, otro problema se me había planteado: la traducción del título. Tan despistado como era, no sabía que el país de “Nunca Jamás” era el nombre en español de la isla de Peter Pan. Una traducción literal tampoco era posible por ridícula a causa de una famosa publicidad de una marca de ropa íntima caliente que rezaba “¿Yo? ¿Frío? ¡Nunca jamás!”. No recuerdo si fue Alain o yo quien optó por el título definitivo que, a la postre, no nos salió tan mal.

Como era de suponer, la publicación pasó totalmente desapercibida. Nadie en Francia sabía dónde se encontraba El Salvador, nadie conocía al autor, nadie conocía al traductor, nadie conocía al editor. Además, era una novela muy corta para cuajar en el país de Flaubert, Balzac, Proust y Hugo, un país que desde mediados del siglo XX le había dado radicalmente la espalda al cuento y en el que muchos lectores juzgan la calidad por la cantidad. El formato escogido para el libro –demasiado grande– contribuyó también a su fracaso comercial: ¿quién pagaría 70 francos para un folleto de escasos 7 milímetros de espesura? La portada era un horror, un monumento al mal gusto, realizado por un grafista ciego que obviamente no había leído la novela o no la había entendido o ambas cosas. Había leído que el autor era salvadoreño, puso la bandera de El Salvador y ya. Me entrevistaron en la televisión regional, porque la entrevistadora era la compañera de Alain Mala (ver FR3, “Entrevista a Thierry Davo sobre la traducción de *Historia*”), y participé en un programa radial con el gran

¹ Se encuentran las referencias de las obras traducidas al francés en la bibliografía. Para mayor fluidez, ya no se

traductor Philippe Bouquet –muy impresionado yo por su profesionalismo– ya que a Alain se le había ocurrido publicar al mismo tiempo que la novela de un joven salvadoreño, *Voyez cet enfant*, un hermosísimo poema del sueco Reidar Ekner (1929-2014) a su hijo muerto.

Siguieron años durante los cuales Rafael y yo seguimos comunicándonos a la distancia. Cartas, fotocopias, archivos en *disquettes* y yo, fiel y puntualmente le devolvía los textos traducidos, como algo ya normal entre nosotros. Saboreaba estas horas que eran al mismo tiempo un monólogo mental, un ensimismamiento, un trabajo de escritura, y un diálogo distante con el autor. Alain Mala, por ese entonces, ya no publicaba literatura. Le había ido mal financieramente con sus primeros intentos, la editorial había quebrado y solo tenía derecho a publicar obras en coedición o catálogos de museos y exposiciones. Rafael, que no tenía conocimientos suficientes del francés para juzgar mis traducciones, confiaba ciegamente en mí, sobre todo después de que su padre, al que idolatraba, le dijera, sin duda en son de broma, que mi traducción de *Los muertos*, la cantata que le había encargado la UNAM para las conmemoraciones del Quinto centenario era mejor en francés que en español.

Yo había traducido otros dos libros: *Por los caminos de Chalatenango. La salud en la mochila*, de Francisco Metz, a solicitud de la asociación EDES y *La lluvia amarilla*, primera novela del escritor español Julio Llamazares, la historia de un Macondo aragonés ahogado bajo la nieve invernal. Había mandado mi traducción a la editorial de Minuit, que me lo había devuelto con un mensaje de Jérôme Lindon aconsejándome que la mandara más bien a la editorial Verdier. Verdier me contestó que desgraciadamente, la novela ya estaba traducida y pronta a salir. No me importaron las horas pasadas a traducir, temprano, aprovechando la soledad de las últimas horas de noche, me sentía cada vez más a gusto en la traducción y mis viajes frecuentes a Centroamérica –donde cada año me reunía con Rafael Menjívar Larín– me habían permitido enriquecer mi léxico. En la universidad, daba clases de traducción, de civilización de América Latina, de dialectología, había emprendido una tesis, nunca terminada, de lingüística. Había participado en varios coloquios con comunicaciones sobre las vicisitudes de la palabra “canoas” y sobre la evolución del diccionario de costarriqueñismos de Gagini entre sus primeras dos ediciones (ver Davo, “Copa América 1492” y “Carlos Gagini”). También había caído en el vicio de coleccionar diccionarios. Paralelamente, Renaud Richard

me había embarcado en la fabulosa aventura de publicar un *Diccionario de hispanoamericanismos*. Por esos años, ya habíamos perdido, Alain y yo, la exclusividad de haber traducido y publicado a Rafael: la revista de la Maison de l'Écrivain Étranger et du Traducteur (MEET) de Saint Nazaire, había publicado un fragmento del cuento *Fade-out* –sin precisar que solo se trataba de un fragmento– (ver VV.AA.)

Solo fue en 2000 cuando Rafael y yo volvimos a vernos, en condiciones bastante difíciles: la muerte de su padre. Desde el año pasado, Rafael había regresado a El Salvador, después de 23 años pasados en México, pero con frecuentes viajes a Costa Rica donde su padre luchaba contra un cáncer. Yo estaba veraneando en Costa Rica, como cada año, pero con un pie enyesado que no me permitía moverme mucho. Cada día, cuando vencido por las medicinas don Rafael se dormía, Rafael iba a verme y pasábamos la tarde en sendas hamacas, charlando de lo que siempre nos había interesado en la vida: literatura y política. Después del velatorio –en el cual Rafael me presentó a Tula Alvarenga, histórica líder obrera y amiga de la familia, quien le había cerrado los ojos a don Rafael² y del entierro, Rafael me propuso que lo acompañara de vuelta a El Salvador. El diálogo merece ser transcrito porque pareciera escrito por él : “No puedo, me duele mucho el pie.” “¿Qué te importa que te duela aquí o que te duela allá?” Gracias a este argumento irrefutable fue que pisé por primera vez suelo salvadoreño.

Fueron pocos días pero memorables. A mi llegada al aeropuerto, me esperaba con un taxi. No más saludarnos, abrió la mochila y sacó un libro. “Aprende”, me dijo. Era *El asco* de Horacio Castellanos Moya. Como en el DF, me llevó a conocer los lugares donde transcurría *El traidor* (el parque Hula Hula etc.), fuimos a saludar a Manlio Argueta, recién nombrado director de la Biblioteca Nacional (lo había conocido en Reims, en 1997, junto a Mario Monteforte Toledo) y me enseñó los manuscritos de *Instrucciones para vivir sin piel*, que en una primera lectura me dejó mudo. No porque no me gustó, como pretende Rafael en su blog (ver Menjívar, “Instrucciones”), sino porque no terminaba de atar los cabos sueltos. Una tarde

² Años después, cuando Rafael me mandó su novela *Al director no le gustan los cadáveres*, me acordé de que en el velatorio no quiso ir a ver el cadáver de su padre. La tía Tula, como la llamaban, le tocó suavemente el antebrazo con una sonrisita tierna para incitarle a subir a la tarima del ataúd. Lo acompañé. Permaneció con los ojos cerrados. A Rafael tampoco le gustaban los cadáveres.

en la que nos refugiamos en un café para huir de un aguacero, Rafael me llamó la atención sobre el hecho de que la primera frase de *Terceras personas* (“El viejo no durmió esa noche. O tal vez sí”) era un guiño a la primera frase de *El extranjero* de Camus, cosa que no había notado. También recuerdo la vez en que se puso a zumbiar el fax. Rafael leyó el texto y me lo entregó diciéndome “Aprende”. Era “La molestia de tener un rinoceronte”, de Claudia Hernández (ver *Mediodía*). Amante antes que todo de literatura, Rafael era un incansable y generoso defensor de sus colegas escritores. También recuerdo la vez en que muy de madrugada estaba él martirizando el teclado de la computadora mientras yo estaba sentado fuera, tratando de leer las *Instrucciones* cuando de repente apareció y me dio un fólder. Era el proyecto de La casa del escritor y ese día tenía cita en Concultura para proponerlo.

Aquella vez, nos hicimos la promesa recíproca de nunca volver a dejar que pasara tanto tiempo sin vernos. También esa vez me confesó que había decidido tratar de escribir una novela *light*. Me dio el borrador por la noche, y a la mañana esperaba ansioso mi veredicto cuando llegué a la cocina. Le expliqué que a mi juicio la cosa no funcionaba, lo que él había escrito se parecía más a las primeras líneas de una novela de Proust que a una novela *light* y no creía que había nacido para esto. Rafael entendió el mensaje, y no hubo novela *light*. Quizás fui demasiado severo. Nuestra relación se basaba en gran parte en esta confianza que nos teníamos. Cuando nos consultábamos no había nada de retórico en nuestras preguntas, solicitábamos la opinión del otro, para tomarla en cuenta o no, pero sin esperar más que una respuesta.

No más bajarme del avión, me comuniqué con Alain Mala, quien en ese entonces había vuelto a publicar literatura. Los años durante los cuales no había podido hacerlo le habían permitido evolucionar en la técnica, se había convertido en un maravilloso grafista, su colección literaria era y sigue siendo una belleza. Alain Mala no era un editor cualquiera. “El editor heroico” o “El señor Bueno”, como lo llamaba Rafael, concebía su quehacer como un acto militante, una cooperación estrecha entre un autor, un editor y, en este caso, un traductor, y para publicar *Instrucciones para vivir sin piel* decidió viajar personalmente a San Salvador.

El encuentro entre Alain y Rafael fue primordial. Ese día nació entre los dos una gran amistad así como un pacto que ni el fallecimiento de Rafael podría romper. Los dos hombres

firmaron un contrato en virtud del que Alain se comprometía a publicar todo lo que le propusiera Rafael, conservando éste en cambio total libertad de cambiar de editor si le daba la gana. Rafael, por su lado, propuso renunciar a sus derechos de autor sobre el primer libro, si así podía lanzarse la máquina. Alain no aceptó. Terminamos de revisar el texto, fue la única vez en que Rafael participó en esta minuciosa relectura.

Las últimas correcciones, las hicimos con Alain y Gérard Gourmel y hasta tuvimos que consultar manuales de óptica para terminar de entender lo que estaba en juego en la escena de los espejos. Solo después de la publicación del libro me di cuenta de un error en la traducción. El personaje femenino de la novela, la que de cierta manera sirve cada año para reproducir una especie de sacrificio ritual en una habitación de Phoenix, se llama *Señora Tal*. Yo había propuesto como traducción *Madame Untel*, acostumbrado a que Rafael no le diera nombre a muchos de sus personajes (lo justifica en *Breve recuento de todas las cosas*). Tras ásperas negociaciones con Alain y Gérard la cosa quedó en *Madame Unetelle*. Era sin tomar en cuenta que Tal –Mijaíl– también era el apellido de un conocido ajedrecista letón, especialista del sacrificio de dama, también famoso por sus justificaciones entre cónicas y lapidarias, dignas de una novela negra de Rafael.

La publicación en Francia de *Instrucciones para vivir sin piel*³ tuvo por consecuencia ensanchar la red de menjivarianos franceses, con un aporte precioso: la del director de teatro Claude Esnault, quien en este caso realizó un espectáculo para cuatro actores y adaptaría magistralmente otras dos obras de Rafael (ver Esnault). Asistir al preestreno de la obra fue para mí una viva emoción por supuesto, pero también una lección. En dos o tres casos los actores habían modificado ligeramente mi traducción, proponiendo una solución más fluida.⁴

El trabajo sobre *Terceras personas* ocasionó el único choque que tuvimos Alain y yo. A él no le gustaba la traducción literal del título, pretendía que la versión francesa sería *Ellos*, título que me parecía espantoso. El libro salió con una portada ilustrada, como *Instrucciones*, por la reproducción de una estatua de Bruce Nauman. Fue el único libro de Rafael que tuvo reseñas en la prensa nacional no especializada: una breve pero elogiosa reseña de Philippe

³ Se puede ver un reportaje aquí: <https://youtu.be/aq1JSpVup9A>.

⁴ Algunas imágenes de este preestreno se pueden ver en mi espacio de You Tube, cortado en 9 fragmentos.

Lançon en *Libération* y una de su colega y amiga Martine Laval en *Telerama*. Según Alain, no se notó ninguna influencia en las ventas. Poco tiempo después, Lançon descubrió que Rafael, en su blog, había reaccionado vivamente, unos meses antes, a un artículo en el que el crítico francés presentaba a Horacio Catellanos Moya como el único escritor en un país sin editoriales, sin lectores y sin escritores. El *post* de Rafa era, por cierto, bastante irónico, aunque cortés. Lançon, indignado de que hayan tenido la insolencia de criticarlo, mandó un mensaje a Alain Mala para decirle que de haber conocido la existencia de este *post* en el blog de Rafael, no le hubiera dedicado su minirreseña que, de por sí, no había servido mucho. Por supuesto, Rafael no tendría nunca más reseñas, ni en *Libération* ni en *Telerama*.

En 2006 salió *Trece*. El desarrollo de las técnicas de comunicación había modificado profundamente nuestras relaciones: podíamos estar en contacto permanente. A veces intercambiábamos varios mensajes electrónicos por día y fui testigo de cómo Rafael fue armando esta novela que me encantaba, en particular por su estructura de cuenta atrás que comienza por el final que me hacía pensar en la famosa escalera del palacio de Chambord. La escena de la ruleta rusa era una maravilla y la prima de S. un encanto. Rafael solía vacilarme por la facilidad con la que me enamoraba de sus personajes femeninos (la enorme Guadalupe, en *Los años marchitos*, el cadáver de Julia en *De vez en cuando la muerte*, incluso Lupita, casi ausente, en *El traidor*). Creo que fue la primera vez que me pidió consejos para resolver un problema de coherencia en el texto. Le contesté que el autor era él, yo solo era un parásito que se nutre del trabajo ajeno y me contenté con sugerirle que el protagonista se suicidara no con una escuadra sino con un revólver para crear un puente con la escena de ruleta rusa. La segunda vez ocurriría mucho más tarde, cuando me mandó un mensaje diciéndome: “Acabo de matar a mi protagonista al final del primer capítulo. ¿Ahora qué hago?” Hice lo único que se podía hacer: le aconsejé que volviera a leer *Crónica de una muerte anunciada*.

El libro salió con una portada ilustrada por uno de los objetos de madera que Claude Esnault suele fabricar para sus adaptaciones teatrales. Para la adaptación de *Trece*, Esnault había creado un objeto fascinante: un revolver cuyo cilindro era un dado que el actor encajaba y desencajaba mientras leía el episodio de la ruleta rusa.

A Alain se le había ocurrido encabezar cada nueva versión de su catálogo con un cuento inédito de alguno de sus autores, como regalo a los lectores. A la edición de 2006 le tocó la traducción de *Espejos*, el texto que Rafael había escrito en los momentos difíciles que siguieron el fallecimiento de su padre. En 2002 me había regalado el manuscrito.

Breve recuento de todas las cosas salió en 2007, pocos días antes de la versión en español. Es, creo yo, el mejor libro de Rafael, traducirlo no fue fácil pero exaltante. El primer capítulo –como ciertos fragmentos de *Terceras personas* o de las *Instrucciones*– obligan a dejarse guiar por un vaivén conceptual. Inútil resistir, absurdo tratar de torcer el curso del discurso, nada más dejarse llevar. Yo sabía que el *Inventario* y las *Instrucciones* habían sido escritos paralelamente, presentía que se trataba de la misma cosa, de un asunto de “artistas de la carne”, y que si bien las referencias históricas estaban ausentes del *Recuento* (excepto una referencia a Auschwitz), el Pigmalión que esculpe un cuerpo de mujer era el mismo que el escuadronero de *Instrucciones*, novela a propósito de la cual Rafael me había confesado que era una reescritura, veinte años después, de *Historia del traidor de Nunca Jamás*. El hilo, justamente, que tal vez permitía establecer la conexión entre las tres novelas era el teléfono, objeto de delación y de muerte. Lo que nunca supo Rafael, porque me parecía demasiado íntimo para evocarlo con él, era que había conservado la fotocopia de su segunda novela, *Retrato del desconocido y su señora*, novela que había descartado por inmadura. El tema de la novela era el asesinato en Managua, en 1983, de la comandante “Ana María”, un tema doloroso para Rafael, que de niño había brincado en el regazo de Salvador Cayetano Carpio y cuyo padre había salido moralmente destrozado. La tragedia de Managua siempre fue un trauma para Rafael, quien nunca creyó la tesis oficial y le dedicó un ensayo inédito, *Secretos de familia*, que me iba mandando capítulo por capítulo, conforme lo iba redactando, para que quedaran ejemplares fuera del país en caso de problema. Pues bien, en el primer capítulo del *Recuento*, reconocí de inmediato un capítulo del *Retrato* en el que Rafael imaginaba a “Marcelo”, el asesino de “Ana María”, descerebrado por treinta años de cárcel, rascando con la uña un centímetro cuadrado de muro, con la mente en blanco (ver Davo, “Intertexte”).

A Rafael le gustó cómo quedó la traducción del título. Yo sabía lo que quería: un título que, como el original, recordara el de *La brevíssima relación* de Bartolomé de Las Casas (otro

argumento para ver en el libro un libro político). Entre todas las traducciones posibles para “recuento” escogí la que permitía que el título fuera octosilábico, ya que el título original era endecasilábico, siendo el octosílabo en la tradición literaria francesa el equivalente del endecasílabo español. Por cierto, mi traducción de *Instrucciones para vivir sin piel* también era un octosílabo. El libro salió para la venida de Rafael a Francia, co-invitado por Les Belles étrangères y el festival de Biarritz.

Este viaje fue un gran momento, desde la salida del avión en que nos apartamos para fumar y él comenzó a sacar de su mochila todo lo que había traído. No pude dejar de acordarme de *El buhonero*, la canción del cantante panameño Pedro Altamiranda: había de todo en el tremendo maletón: tres ediciones de *Tiempos de locura*, con notas marginales de su puño y letra para las dos primeras, el cuaderno manuscrito de *Breve recuento y Viaje al imperio de las ventanas cerradas*, de Krisma Mancía. Rafael, Alain y yo nos tomamos fotos blandiendo las dos ediciones del *Recuento* recién publicadas en sendas lenguas.

La estadía de Rafael fue densa, rítmica y emocionante y a esto atribuimos sus frecuentes dolores que, desgraciadamente, nos enteraríamos más tarde, tenían otras razones. Pretendía sufrir de colitis. Pretendía que era la emoción de estar en Francia, los largos recorridos de norte a sur y la tensión de las entrevistas y mesas redondas. Fue lo que más lo impresionó: la calidad de las preguntas que le hacían. Me confesó haber sentido un fuerte pánico cuando en Biarritz lo recibió François Delprat con preguntas minuciosamente preparadas y papelitos entre las páginas de una pila de sus libros (ver FR3, “Entrevista a Rafael Menjívar”). No estaba acostumbrado a contestar preguntas concretas e inteligentes sobre lo que escribía y, a veces, no sabía qué contestar. Siempre recordaré a Bioy Casares escuchando con los ojos cerrados los discursos en su honor, en la biblioteca Carnegie de Reims. Cuando le pasaron el micrófono, nada más dijo “Yo no hablo, yo escribo”, y le pasó el micrófono a su vecino de mesa.

No acompañé a Rafa en todo su recorrido por el país. Estuve con él en Le Mans, para ser su intérprete en una mesa redonda armonizada por Claude Fell. Me emocionaba mucho este encuentro, en la medida en que Claude Fell siempre había sido un gran defensor de Rafael, invitándome a evocarlo en La Maison de l’Amérique Latine en París y sobre todo redactando

todos los informes que permitieron que Cénomane pudiera publicar las obras de Rafa con una ayuda financiera del Centro Nacional de Letras.⁵

En Lyon, caí en una trampa, se suponía que iba nada más para acompañar a Rafael y resultó al llegar que, frente a un auditorio repleto, me tocó improvisar una entrevista y traducir nuestras dos intervenciones. Me entristece no haber podido preparar la entrevista porque descubrí lo difícil que era inventar preguntas inteligentes mientras uno traduce a dos personas. No estaba preparado y el resultado quedó bastante decepcionante. Sin embargo, Rafael dijo cosas sumamente importantes: las teorías del vasito de vómito más o menos comestible, de la textura de la barba de Cristo y de la inundación en el laberinto son lecciones magistrales inolvidables (ver fragmentos en Davo, “Entrevista”).

En Arles, donde nos había invitado el Colegio Internacional de Traductores Literarios, cuya sede ocupa el antiguo hospital al que Van Gogh había acudido después de cortarse una oreja, Rafael nos presentó como Lucky Luke y Jolly Jumper, añadiendo que con el tiempo ya no sabíamos muy bien quién era quién.

La estadía de Rafael en Francia también le permitió conocer a Claude Esnault – emocionadísimos los dos– y asistir a la representación de *Trece*.

Fue durante uno de los recorridos que Alain Mala y Rafael hicieron sin mí, creo que a Saint-Nazaire, cuando los dos traidores se pusieron de acuerdo para lanzar la publicación de las novelas negras. A Alain, como a mí, el género no nos llamaba mucho la atención, razón por la que nos habíamos concentrado sobre la traducción y la edición de la obra “literaria” de Rafael. Pero Rafael logró convencer a Alain y los dos me lo anunciaron como gran noticia: tenía que ponerme las pilas.

En 2008, se publicó *Un mundo en el que el cielo cae y cae*. Le habían repetido tantas veces a Rafael que él era un buen novelista pero un mal cuentista que él mismo había llegado a creerlo. Yo siempre pensé que Rafael era un excelente cuentista, y para mí era particularmente importante dar a conocer sus cuentos. Uno no me gustaba, se lo dije y lo

⁵ Solo *Trece* se publicó sin ayuda del CNL. El pretexto era que ya Cénomane había recibido una ayuda el semestre anterior. Desgraciadamente, era la más larga de las novelas escritas por Rafael, la más cara pues en términos de publicación. El pretexto da risa cuando se sabe hasta qué punto de concentración llegan las ayudas del CNL a la traducción (por ejemplo ver Assouline).

sustituyó por “La tercera puerta”, más reciente ya que comenzó durante su estadía en Francia.

Poco a poco, la enfermedad de Rafa hizo imposible que siguiéramos en contacto de forma tan fluida. Me había suscrito a Facebook para tener noticias de él gracias a su esposa y a sus hijos. Cuando regresaba a casa tras una larga hospitalización me mandaba un correo. El último, a finales de febrero de 2011, decía: “Estoy jodido, pero tratando de mejorar. Nada serio por ahora, y espero que tampoco por después. Yo te jalo las patas si algo sale mal. Abracísimos, Rafael.”

Cuando su hijo Eduardo me avisó de que le quedaban pocas semanas ni lo pensé y tomé el primer vuelo. Llevaba algo de plata, a Alain se le había ocurrido lanzar una operación para contribuir a nuestra medida a participar en los gastos que necesitaba su tratamiento. Odiábamos las campañas que consisten en bombardear por mail a diez mil desconocidos con un discurso lacrimonoso solicitando medio céntimo cada uno, nos dirigimos a los admiradores de Rafael, los que habían comprado sus libros, los que habían asistido a los espectáculos de Claude Esnault, los que lo habían tratado durante su estadía en Francia, pidiéndoles a cada uno cincuenta o cien euros. Paralelamente, había lanzado en la universidad una operación para solo estudiantes: por diez euros te regalamos un libro que cuesta quince o dieciocho.

A Rafael le llevaba un ejemplar de la traducción de *Un mundo en el que el cielo cae y cae*. Como siempre hablamos de todo, aunque con dificultades de comunicación: a Rafael solo le quedaba un hilo de voz, soy sordo y en la precipitación del viaje se me había olvidado el control remoto que me permite aumentar el sonido de mis prótesis. A Rafael le fascinó el asunto, quiso ver mis prótesis, y me las devolvió diciéndome: “Estás bien jodido.” Rafael escribió hasta el último momento. No podía escribir pero le dictaba a su hija Eunice un texto que ella iba transcribiendo en un cuaderno negro que luego levantaba al llegar a la casa. Cuando llegaba al hospital, cada mañana, Rafael estaba dormitando, leía el cuaderno negro que iba y venía entre el hospital y la casa y, al despertarse, su primera preocupación era si lo había leído y qué había opinado. Un día estaba acongojadísimo porque en la entrega del día anterior había confundido a Rimbaud con Baudelaire. Otro día nos contó a los presentes de que trataba el libro: un pendejo rodeado de pendejos que muere en un hospital, pidiéndole

perdón a sus personajes (era escritor) por lo mal que los había tratado pero contento de ver morir uno a uno a los pendejos que lo rodean porque se ha metido en la cabeza que son ex-policías y ex-escuadroneros. Nos consultó para que lo ayudáramos a encontrar un título. Propuse *Pendejos* y así quedó.

Descubrí con esta oportunidad la biblioteca de Rafael, en la casa en donde había estado las veces anteriores solo había unos estantes repletos de libros y no sabía de dónde sacaba su prodigiosa erudición, que abarcaba todos los campos. Ahí había libros por todas partes. Con más tiempo, hubiera sido interesante levantar un catálogo de las fuentes de Rafa. Krisma Mancía, la esposa de Rafa, me enseñó los estantes de manuscritos y borradores. Alguna vez Rafael me había pedido que le buscara un paradero a esta documentación. Sabía que regalándola a alguna institución en El Salvador había un alto riesgo de que se perdieran en los laberintos de la administración, prefería que sus archivos fueran a parar a Europa para que se pusieran a disposición de los investigadores eventualmente interesados por asuntos de *work in progress*.

El 19 de abril estuvo mejor y me pidió que le hiciera una entrevista, la entrevista larga y detallada que nunca le había tocado. La entrevista de Lyon que no había sido posible. Pasé la noche en vela preparándola, pero el 20 amaneció sin fuerzas. Murió el 27. Yo ya no estaba, había tenido que irme antes (es un decir). Nuestra última conversación fue sobre Romain Rolland y, por supuesto, sobre Rafael Bernal.

Salí de El Salvador con el segundo cuaderno manuscrito de *Breve recuento*, que Rafael me tenía guardado, con un ejemplar impreso de *Instrucciones* que me regaló Krisma (había traducido a partir de un archivo, era el único libro de Rafael que no tenía) y con una copia de su disco duro, también realizada por Krisma. Gracias a los contactos del poeta Jean-Claude Leroy, quien siempre había sido un gran admirador de Rafael, la revista on-line *Mediapart* publicó una entrevista mía realizada por Patrice Beray.

Nunca en mi vida había leído una novela negra, excepto las de Boris Vian, y me sentí tan ignorante cuando me había lanzado a traducir *El traidor*, menos la inconciencia. Me costó encontrar un tono, un ritmo, una sintaxis. Un vocabulario, incluso. Lo que fundamentalmente había cambiado era que ahora podía valerme de Internet para documentarme. El

funcionamiento de las armas de fuego, el nombre de los muebles de una morgue, los barrios del DF donde transcurren las novelas, los grados de la jerarquía de la Policía Nacional, las categorías en el boxeo, todas estas cosas eran fácilmente asequibles. Veinte años antes, no hubiera sabido detectar cuándo un personaje hace el ridículo confundiendo a Pedro Infante con Jorge Negrete, no hubiera detectado las alusiones a Álvaro Obregón y hubiera atribuido el “Brindis del bohemio” a Sor Juana. ¿Quién sabe si hubiera entendido que cuando la periodista rubia de *De vez en cuando la muerte* susurra sin cecear “Lo invito a tomar un café” no hay, justamente, estrictamente nada que cecear? Rápidamente llegaron a entusiasmarme los nuevos retos que planteaba la traducción de estas cinco novelas, que cuentan la misma historia desde cinco perspectivas diferentes sin que haya ninguna repetición. Uno de los problemas era que para contar la misma historia, cada narrador se expresa en un idiolecto conforme a su estatuto: periodista, policía, actor etc. y que, para poner un ejemplo, “pendejo” o “cabrón” no se podía traducir siempre de la misma manera en función del contexto. Con Alain, habíamos mejorado la técnica, la revisión de los últimos textos fue menos laboriosa. También fue decisiva la participación de Audrey Louyer, quien –como en el caso de los actores de Claude Esnault– nos ayudó a encontrar soluciones más fluidas que las mías. La naturaleza de los textos, el humor de Rafael, transformaban nuestras sesiones de trabajo en sesiones de risa. Al mismo tiempo cada hora de trabajo nos confortaba en la idea de que las cinco novelas negras no eran un capítulo aparte en la obra de Rafael, las referencias intertextuales abundaban y la visión de la vida y de la muerte que en ellas se daba era la misma, como las dos caras de una misma moneda, o las dos máscaras, la cómica y la trágica, del teatro griego. La traducción de *Los años marchitos* salió en 2013, en plena resolución del caso de Florence Cassez, *Los héroes tienen sueño* y *De vez en cuando la muerte* en 2014. Comercialmente las tres fueron fracasos. La crisis económica había acentuado una tendencia ya de por sí muy fuerte a la concentración de los medios de difusión cultural. Las pequeñas librerías, las pequeñas editoriales, cerraban una tras otra y Alain decidió que él también tenía sueño. A los 65 años, de los cuales 30 como “heroico editor”, y tras la mala jugada de un difusor, decidió pensionarse. Publicó sus últimos libros en mayo de 2015. En junio nos reunimos para pulir juntos la traducción de *Al director*

*no le gustan los cadáveres*⁶, sin intención de publicarla, por el sencillo placer de encontrarnos en torno a un texto de Rafael y decidimos seguir con este ritual. Ya, desde agosto, está listo el último borrador de *Cualquier forma de morir*, novela que termina el ciclo que, por voluntad de Rafael, hemos titulado *Algunas maneras de morir*⁷, tema central de la “trilogía negra”, pero también de *Trece* y, al fin y al cabo de toda su obra. No es que la muerte esté más presente en su obra que en cualquiera de los grandes autores: “hay menos muertos en mi obra completa que en una sola de Shakespeare”, solía defenderse. Cierto. Si no se habla de locura, de muerte y de amor ¿de qué vamos a hablar? Entre Alain y yo hemos seguido la costumbre de Rafael que, tras haber escrito las primeras tres novelas y darse cuenta de que otras dos serían necesarias para que no quedaran ángulos muertos, si se puede decir así, siguió llamando la serie “La trilogía policial”, con un argumento muy de Rafael: si los tres mosqueteros eran cuatro ¿por qué las cinco policiales no podrían ser una trilogía?

Lo que cierra el telón no es la muerte de Rafael, es la crisis económica, que nos deja sin editorial. No haré el esfuerzo de buscar otra. En esto soy como Rafa, que nunca hizo nada para vender su trabajo, esperaba que lo solicitaran.

No por eso dejaré de traducir ni de comentar su obra en congresos, coloquios y revistas. Hay, todavía, bastante que hacer. Algunas cosas inéditas del disco duro. *Réquiem para una señora sin canas* es una novela imprescindible sobre el regreso y El Salvador de la postguerra: Un salvadoreño vuelve a El Salvador después de 21 años pasados fuera. Trata de ver a ex-compañeros. Algunos han desaparecido, otros han cambiado de vida, prefieren olvidar. El protagonista parece ser el único que no ha olvidado y ve perverso lo que se había presentado como un modelo de salida de crisis, la formación de una Policía Nacional que integra ex-guerrilleros y ex-escuadroneros. Lo obsesiona la suerte de un ex-compañero pero sobre todo la de sus padres, desaparecidos a causa de él (no se encontraba en casa el día en que llegaron a secuestrarlo y se los llevaron a ellos). Su investigación lo llevará a identificar, bajo los rasgos de un pastor cristiano, a uno de los peores psicópatas de los escuadrones de la

⁶ Cuarta novela de la “Trilogía policial”, inédita en español.

⁷ Un poemario de Rafael, publicado en 1986 en México, se titulaba *Algunas de la muertes*.

época del conflicto armado. También lo llevará a acordarse del cadáver de un industrial secuestrado hace más de veinte años y al que se había olvidado en su escondite.

Kosta, aunque sin terminar, hubiera sido la mejor de las obras negras de Rafael si hubiera logrado terminarla. Los capítulos ya existentes merecen ser publicados. De por sí, ya están traducidos, Rafael me lo había pedido, ya ni sé por qué razón. *Secretos de familia* debería publicarse, me parece muy importante para la historia de El Salvador, aunque no traducirse: solo interesaría en Francia a especialistas de la Centroamérica de los años 80 que no necesitan una traducción.

También sería interesante llevar a cabo un proyecto que teníamos y que no pudimos concluir. Desde 2004, Rafael tenía un blog, *Tribulaciones y asteriscos*. Tras uno de sus posts, le sugerí hacer una selección y publicarla. Me interesaba que quedara una huella escrita de sus opiniones literarias y del recuento de su obra que hizo a partir del momento en que se sintió enfermo. El proyecto le encantó, me dijo que le propusiera una selección a la que él le haría luego una revisión de estilo. Solo tuve tiempo de hacer una preselección de los textos.

Rafael, años antes de su enfermedad, me había hecho prometer que no publicaría borradores suyos. Sin embargo, su último texto, *Pendejos*, merece creo yo darse a conocer. La familia decidirá. La familia, es decir mi cuñada y mis sobrinos, ya que en base a mi último viaje a El Salvador, Eduardo, el hijo mayor de Rafa, lanzó la moda de llamarme “tío”. Me gusta. Es quizás lo más valioso de toda esta historia.

Alguna vez, con motivo de una mesa redonda sobre traducción con Rodrigo Rey Rosa, a quien admiraba, Rafael me había pedido que le mandara una contribución sobre mi experiencia de traductor. Este es el texto que le mandé:

Traducir un texto de Rafael Menjívar Ochoa exige –o ¿permite?– un estado de atención permanente. En una de las tantas charlas que hemos tenido juntos, me confesó que escribe como una abuelita que teje cobijas de ganchito y, por supuesto, el traductor no puede obviar este dato: la traducción ha de ser tan minuciosa como la misma escritura.

Mi trabajo, si se puede hablar de trabajo, siempre comienza igual: impregnarme del texto, instaurar con él un clima de confianza mutua, dejar que me penetren dos cosas, fundamentalmente: un tono y un ritmo. Sólo entonces puedo comenzar a traducir, cuando *siento* el texto. Luego hago traquear los nudillos –

“saco mentiras”– como haría un pianista antes de emprender una interpretación. Cuando traduje *Trece*, andaba de paseo, condenado a ir de cibercafé en cibercafé, cada noche con teclados diferentes, con un entorno cada vez diferente; indudablemente fue la traducción que me resultó menos natural, por la dificultad para instaurar un clima caluroso e íntimo entre el texto y yo.

El texto siempre es el que guía la traducción. Yo nada más lo acompaño. Aunque el soporte siempre es la muy gutemberguiana imagen alfabética en pantalla, el texto como obra de lenguaje no escapa a la ley básica del lenguaje, o sea su oralidad. El texto tiene una voz propia, la famosa imagen acústica a la que se refería Saussure, una voz silenciosa que, curiosamente, no es la mía ni la de Rafael Menjívar, ni la de nadie conocido: es la voz del texto, y es la que guía mis pasos al traducir.

La obra de Rafael Menjívar Ochoa es altamente intertextual, en esto sus libros constituyen una obra y no simplemente textos sueltos. Él tiene razón: es una obra *tejida*. La traducción debe respetar esta dimensión, haciéndose el eco de los ecos internos de la obra, de sus remisiones. También debe respetar, lo cual no es lo más fácil a la hora de traducir, los matices que estructuran el pensamiento del autor y hacen imposible el recurso a sinónimos más o menos parecidos: siempre hay que buscar la palabra, la fórmula exacta, la cual no siempre coincide, en francés, con la armonía deseada o incluso a veces sencillamente no existe. Las 45 ocurrencias de la palabra “motivo” en *Trece*, el matiz entre “morir” y “morirse” (los hay que mueren y los hay que se mueren), los diferentes grados en la expresión de la compasión sólo son algunos entre tantos ejemplos. Entonces sí traducir se vuelve un trabajo de verdad.

No sé por qué traduzco. En cambio sé que se trata de una actividad de doble *diálogo*: diálogo con el texto por una parte, y en segundo lugar diálogo conmigo, un ensimismamiento en el cual me enfrento a mi *savoir faire*. A este doble diálogo –“horizontal”, digamos– se suman aportaciones exteriores: primero la investigación necesaria para entender la sutileza del texto y tengo que documentarme sobre estrategia del ajedrez, leyes de la óptica para comprender cómo funcionan los espejos de verdad (única manera de entender cómo funcionan los de Menjívar), detalles técnicos sobre armas de fuego, historia de los *serial killers*. Y en segundo lugar la ayuda que siempre me brinda el autor cada vez que se me presenta una duda. En este sentido es mucho más fácil –y agradable– traducir a Menjívar Ochoa que a Shakespeare u Homero.

Cuando tiene que explicar en qué consiste su trabajo de escritor, Rafael Menjívar Ochoa suele evocar a Miguel Ángel, el escultor del Renacimiento. Según él, cualquier estudiante de una escuela de

Bellas Artes sería capaz de esculpir *La Piedad*. Lo que caracteriza el trabajo de Miguel Ángel y lo hace único es el largo pulido final.

Antes de este minucioso trabajo, el texto debe reposar algunos meses, debo olvidarme de él antes de retocarlo, leyéndolo una y otra vez hasta que me quede más o menos perfecto. Entonces lo entrego al editor, Alain Mala, quien se ensañará contra el pobre. El último toque lo daremos juntos, en sesiones de trabajo comida y vino agotadoras pero sabrosas, con no pocas consultas –vía Internet– con el autor. Sólo una vez, en 2002, pudimos trabajar los tres juntos, autor-traductor-editor, en la finalización de una traducción. La distancia no permite que este tipo de trabajo, que para nosotros sería lo ideal, ocurriera para todos los libros. Traducir en mi caso, publicar en el caso de Alain siempre es una aventura humana.

Las dos veces en que me tocó leer textos de Rafael Menjívar traducidos al francés por otro, las traducciones no me gustaron. Yo lo habría hecho de otro modo, tal vez no mejor, pero sí diferente. Dos libros de Rafael Menjívar fueron adaptados al teatro: *Instrucciones para vivir sin piel* y *Trece*. Las dos veces, al presenciar los espectáculos experimenté la sensación rara de que estos textos que estaba oyendo, yo los había escrito en su versión francesa, y sin embargo la lectura que estaba oyendo me hacía descubrir otras cosas, cosas nuevas. En una de las dos oportunidades filmé el espectáculo y al volver a escucharlo con el libro en mano, me di cuenta de que en dos o tres oportunidades los actores habían modificado mi traducción. Fue una buena lección: si a un actor el texto no le parecía 100% natural es que en efecto había que corregirlo. La soltura, la fluidez, es tal vez lo más difícil de conseguir. Y sin embargo lo más imprescindible.

Bibliografía

Assouline, Pierre. *La condition du traducteur*. París: Centre National du Livre, 2011.
<http://www.centrenationaldulivre.fr/fr/ressources/etudes_rapports_et_chiffres/la_condition_du_traducteur_de_pierre_assouline/> (2 de febrero 2015).

Castellanos Moya, Horacio. *El asco*. San Salvador: Editorial Arcoiris, 1997.

Davo, Thierry. “Copa América 1492. Canoa contra almadía”. *Dans le sillage de Colomb. L'Europe du Ponant et la découverte du Nouveau Monde*. Coord. Jean-Pierre Sánchez. Rennes: PUR, 1995. 465-470.

Davo, Thierry. “Carlos Gagini et la naissance de la lexicologie costaricienne”. *Discursos transgresivos en Europa y América Latina*. Coord. Erich Fisbach. Le Mans: ALMOREAL, 1999. 25-31.

Davo, Thierry. "Intertexte et arrière-texte: l'écriture apparemment lacunaire chez Rafael Menjívar Ochoa". *Approches interdisciplinaires de la lecture n° 5. Intertexte et arrière-texte : les coulisses du littéraire*. Coord. Marie-Madeleine Gladieu y Alain Trouvé. Reims: EPURE, 2010. 37-52.

Davo, Thierry. "Entrevista a Rafael Menjívar Ochoa". <<http://cermo.pagesperso-orange.fr/entrevistaenlyon2/index.html>> (2 de febrero 2015).

Ekner, Reidar. *Voyez cet enfant*. Le Mans: Cénomane, 1988.

Esnault, Claude. *Instructions pour vivre sans peau* [adaptación teatral]. <http://www.dailymotion.com/video/x5cj20_instructions-pour-vivre-sans-peau_creation> (2 de febrero 2015).

FR3. "Entrevista a Rafael Menjívar Ochoa con ocasión del festival de Biarritz Amérique latine". <<https://www.youtube.com/watch?v=Ml7DumkX2XE>> (2 de febrero 2015).

FR3. "Entrevista a Thierry Davo sobre la traducción de *Historia del traidor de Nunca Jamás*". <<https://www.youtube.com/watch?v=hTCv29ZbflI&feature=youtu.be>> (2 de febrero 2015).

FR3. "Entrevista a Thierry Davo sobre la traducción de Instrucciones para vivir sin piel" <<https://youtu.be/aa1JSpVup9A>> (2 de febrero 2015).

Hernández, Claudia. *Mediodía de frontera*. San Salvador: Concultura, 2002.

Llamazares, Julio. *La lluvia amarilla*. Barcelona: Seix-Barral, 1988.

Mancía, Krisma. *Viaje al imperio de las ventanas cerradas*. Barcelona: La Garúa, 2006.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Historia del traidor de Nunca Jamás*. San José: EDUCA, 1985.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Los años marchitos*. San José: EDUCA, 1991.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Terceras personas*. México D.F.: UNAM, 1996.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Los héroes tienen sueño*. San Salvador: DPI, 1998.

Menjívar Ochoa, Rafael. *De vez en cuando la muerte*. San Salvador: DPI, 2002.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Cualquier forma de morir*. Ciudad de Guatemala: F&G Editores, 2006.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Tiempos de locura*. San Salvador: FLACSO, 2006.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Breve recuento de todas las cosas*. San Salvador: Índole, 2007.

Menjívar Ochoa, Rafael. "Instrucciones para vivir sin piel o el regreso a la traición". *Tribulaciones y Asteriscos. Cosa personal de Rafael Menjívar Ochoa* [Blog personal del autor] (13 de enero 2007) <<http://rmenjivar.blogspot.fr/2007/01/instrucciones-para-vivir-sin-piel-o-el.html>> (2 de febrero 2015).

Menjívar Ochoa, Rafael. *Instrucciones para vivir sin piel*. México D.F: La Orquídea Errante, 2008.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Un mundo en el que el cielo cae y cae*. San Salvador: Colección Revuelta, 2011.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Tribulaciones y Asteriscos. Cosa personal de Rafael Menjívar Ochoa* [Blog personal del autor].

Metzi, Francisco. *Por los caminos de Chalatenango. La salud en la mochila*. San Salvador: UCA Editores, 1988.

Metzi, Francisco. *Par les chemins du Chalatenango. La santé dans le paquetage*. Trad. Thierry Davo. París: EDES, 1990.

Richard, Renaud, coord. *Diccionario de hispanoamericanismos no recogidos por la Real Academia Española*. Madrid: Cátedra, 1997, 2000, 2006.

VV.AA. "San Salvador/Tbilissi". *MEET 3* (1999): 57-59.

Obras de Rafael Menjívar Ochoa traducidas al francés por Thierry Davo

Menjívar Menjívar Ochoa, Rafael. *Histoire du traître de jamais plus*. Le Mans: Cénomane, 1988.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Instructions pour vivre sans peau*. Le Mans: Cénomane, 2004.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Tierces personnes*. Le Mans: Cénomane, 2005.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Treize*. Le Mans: Cénomane, 2006.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Bref inventaire de toutes les choses*. Le Mans: Cénomane, 2007.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Un monde où le ciel ne cesse de tomber*. Le Mans: Cénomane, 2008.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Les années flétries*. Le Mans: Cénomane, 2013.

Menjívar Ochoa, Rafael. *Les héros tombent de sommeil*. Le Mans: Cénomane, 2014.

Menjívar Ochoa, Rafael. *La mort de temps en temps*. Le Mans: Cénomane, 2014.